



El fantasma de Lenin recorre Europa

¿QUÉ HACER CON EL PCE?

Por Miguel Ángel Gozalo

CUANDO a Julio Anguita le propusieron suceder a Gerardo Iglesias al frente del Partido Comunista de España, como responsable supremo de una aguerrida tropa política que sólo había conocido hasta entonces cuatro secretarios generales —José Díaz, Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo, además del minero paisano de este último—, tardó un tiempo en decidirse. Ante sus dudas, alguien le preguntó que quién era su candidato para el puesto. La respuesta del que, tras su paso por la alcaldía de Córdoba, es conocido como el «califa rojo», fue: «Lenin».

Hoy quizá Anguita no hubiera dicho tanto. Ahora, hasta el nombre mítico de Lenin, que encarnaba las esencias de la visión y audacia revolucionarias, es un nombre cuestionado. Aquel ruso llamado Vladímir Ilich Uliánov, que amaba los gatos y usaba chaleco, y que parecía haber conseguido domar el tigre de la historia en nombre de los desheredados del mundo, es también, como hace unas décadas José Stalin, una figura no sólo objeto de revisión, sino de ofensas. El bronce y el mármol de sus poderosas estatuas, símbolo de la fortaleza soviética, son derribados estrepitosamente. La ciudad que llevaba su nombre vuelve a llamarse, como en la época de sus enemigos los zares, San Petersburgo. Su mausoleo de la Plaza Roja corre el riesgo de ser echado abajo por la ola de anticomunismo que, como un nuevo fantasma, recorre Europa.

Este fantasma hha llegado también a España. El golpe del 19 de agosto fue un test para los partidos comunistas europeos, y también para el PCE.

Algunas formaciones comunistas ya habían hecho en su momento la correspondiente reconversión. Achille Occhetto, en

Italia, llevó su instinto previsor a conseguir que sus camaradas comunistas aceptasen el cambio del nombre del partido, que ahora se llama Partido de la Izquierda Democrática. Occhetto ha leído a Maquiavelo y sabe que un cambio precede a otro cambio: des-



Dolores Ibárruri. Pasionaria

SI Moscú, faro del marxismo-leninismo durante setenta años, se convierte en un baluarte del anticomunismo, ¿cómo no va a repercutir ello en los hasta ahora llamados «partidos hermanos»?

de hace cinco años, la «perestroika» de Gorbachov no era sino el reconocimiento de una impotencia, el fin de un trayecto de trenes blindados con asaltos a Palacios de Invierno que en la Europa de la prosperidad carecían ya de sentido, y un anticipo de algo que resulta evidente: que la revolución mundial había perdido la partida frente a la fuerza tranquila de la democracia. Carrillo lo había sabido ver cuando patentó, a medias con otros dirigentes europeos, el «eurocomunismo». Ahora, tras sus últimos tumbos electorales, proclama sin disimulo que lo que tienen que hacer los comunistas es disolverse y entrar como corriente organizada en el PSOE.

Cambiar de imagen

Pero no es probable que sus ex-camaradas le hagan caso. No parece que Carrillo tenga ya el menor ascendente sobre lo que queda del PCE, liderado por Julio Anguita, y que, para mejorar su declinante imagen entre el electorado, hace cinco años articuló en torno suyo a ciertos republicanos de rebatidos del PSOE, grupuculos, extraparlamentarios y ecologistas, con la intención de que, bajo unas nuevas siglas —Izquierda Unida—, el mensaje marxista pasase mejor la prueba de las urnas.

Tras el experimento de Izquierda Unida, lo que tenía que producirse se ha producido: que los minoritarios de la coalición desean rebajar el tinte comunista de la misma y tener algo más de pragmatismo. Sólo con microscopio es posible ver en puestos relevantes de la política española, salvo alguna excepción que es imposible camuflar, como Alonso Puerta o Pablo Castellano, a miembros de Izquierda Unida que no sean militantes del PCE. Pero la caída del PCUS les ha dado ánimos: ¿por que no convertir Izquierda Unida en un partido nuevo y enterar definitivamente unas siglas, las del PCE, que evocan un movimiento históricamente en almoneda?

Naturalmente, ello no es fácil. Una de las características de los partidos comunistas es fervor burocrático y vocación gerontocrática. Todos los partidos comunistas tienen sus Gromykos y sus Mikoyanes. El portugués cuenta con Alvaro Cunhal, el francés con Georges Marchais, septuagenarios ambos e incapaces de renunciar a su pasado. Aquí en España no faltan sus equivalentes, los veteranos del aparato, como Marcelino Camacho o Sánchez Montero, que cuando oyen decir a Yeltsin en una emisión de la cadena de televisión norteamericana ABC que «el comunismo fue un experimento trágico para la URSS» y que «poco a poco se

irán dando cuenta de ello quienes aún creen en él», suponen que eso no va con ellos.

En el PCE sí que hay, sin embargo, quien cree que eso sí que va con ellos. Son un grupo de renovadores, entre los que destaca el portavoz parlamentario de Izquierda Unida, Nicolás Sartorius, algunos dirigentes periféricos como Ribó en Cataluña o Sabrido en Sevilla, o el secretario general de Comisiones Obreras, Antonio Gutiérrez. Pero, como los mencheviques frente a los bolcheviques, están en minoría. En la reunión de la comisión política del partido, la votación favorable al mantenimiento del PCE no ofreció demasiadas dudas: 18 a favor, 4 en contra. Marchais, en Francia, obtuvo un marcador aún mejor en su Comité Central: 128 a favor, tan sólo 13 en contra.

Y es que, como ha señalado el presidente del Partido Popular, José María Aznar, «aunque haya caído el comunismo, sigue habiendo comunistas». Y en España, con el apoyo de muchas personas que opinan que, por sus servicios durante la transición a la democracia, el Partido Comunista no merece ser eliminado del mapa por un golpe de viento siberiano, muchos comunistas se preparan para resistir. Anguita, que en tiempos encarnaba la renovación y era visto con desconfianza por la «nomenklatura», parece haberse plegado, al menos hasta el XIII Congreso del partido, que se celebrará en diciembre, a una corriente que resulta, por ahora, mayoritaria. Uno de sus hombres, el diputado Antonio Romero, ha asegurado que el Partido Comunista se comerá los mantecados de este año, y también los del próximo... A la imagen gastronómica ha unido un toque científico: según él, el hecho de que el PCE no salga a la liza electoral y sea IU la marca que está en el mercado es un proyecto político de tecnología punta.

Al nombrar a Stalin, en 1922, secretario general del Comité Central —lo que permitió al ex-seminarista de Tiflis proponer y controlar a todos los candidatos a funcionarios del partido y le abrió las puertas de par en par a su futuro y tiránico poder—, Lenin dijo de él que «este cocinero nos preparará platos picantes». Los cocineros políticos, desplazado Alfonso Guerra del «office» de la Moncloa, han perdido en España relevancia, pero siguen ahí. Algunos, como Antonio Romero y los bolcheviques del PCE —partido al que su primer secretario general, José Díaz, llamaba así, «partido bolchevique»— han cambiado el picante por el azúcar de los mantecados, esperando tiempos mejores y, de momento, que no les quiten el postre. ■

Miguel Ángel Gosalbo es periodista.

SIMEÓN DE BULGARIA

En el fiel de la balanza

Por Alberto Míguez

El rey Simeón de Bulgaria —o Simeón Borisov, como le llaman sus adversarios— vive en Madrid desde hace muchos años. Reacio por principio a los contactos con los medios de comunicación, se presenta hoy como una alternativa para el futuro democrático de su país. Su popularidad ha ido en aumento en su país de origen, al tiempo que los «nuevos demócratas» que lo gobiernan arrecian sus ataques contra quien es hoy una alternativa de reconciliación y reconstrucción nacional.

En esta entrevista para NUEVA REVISTA, el rey Simeón traza, sin aspavientos ni estridencias, un escenario de paz y estabilidad para su país mientras espera el momento oportuno para regresar.

BULGARIA transitó desde el comunismo a la democracia sin demasiados traumas y sin violencia. ¿Esperaba usted que el cambio se produjera pacifamente?

— Sinceramente, siempre creí en el buen sentido del pueblo búlgaro y, si me apura, en el de sus dirigentes de entonces, fuesen o no comunistas. Temía como todos que la caída de Teodor Yikov provocase enfrentamientos y arreglos de cuentas, por que lógicamente había muchos odios almacenados, después de un régimen feroz que duró 45 años. Pero la reacción de la gente fue verdaderamente maravillosa. No hubo sangre.

— ¿En qué sentido?

— Hay una polarización que me inquieta muchísimo. La polarización no se produjo entre los comunistas y los demócratas, por ejemplo, sino, como dicen los ingleses, entre «los que tienen» y «los que no tienen», que son la inmensa mayoría, independientemente de los escalones sociales. Claro, todavía funcionan los viejos mecanismos psicológicos, el miedo... La sociedad búlgara estaba deshecha, rota. Todo el mundo se había acostumbrado a obedecer, y esa inercia constituye uno de los grandes déficits sociales con los que debemos enfrentarnos...

— ¿«Debemos»? ¿Se siente usted preocupado también? ¿Qué papel desea jugar en el futuro de Bulgaria?

— Por supuesto que me siento preocupado. No olvide que soy búlgaro, nací en Bul-

garia, fui incluso hasta los nueve años rey de ese país y aspiro a serlo de nuevo.

— Pero ¿qué posibilidades reales tiene hoy la monarquía en Bulgaria? ¿Qué porcentaje de ciudadanos se declaran monárquicos?

— Sinceramente, no creo que el problema sea si hay un 30 o un 40 por ciento de búlgaros que se declaren favorables a la monarquía. Por supuesto que recibo estudios demoscópicos sobre las preferencias políticas de mis compatriotas, y éstas son variables. Pero me fio poco de estas evaluaciones. Lo importante para mí, sin embargo, no es el número de compatriotas que consideran la monarquía como un proyecto razonable de futuro sino la posibilidad de que todos los búlgaros puedan pronunciarse alguna vez sobre su conveniencia o no, sin prisas ni imposiciones.

— ¿Existe un partido monárquico en Bulgaria?

— No,afortunadamente no. Cuando algunos de mis amigos intentaron fundar algo parecido les pedí que no lo hicieran. La monarquía no puede ser un partido, ni siquiera una ideología, sino una fórmula de gobierno compatible con todos los partidos, siempre que sean democráticos.

— ¿Son los comunistas los peores enemigos de la restauración monárquica en su país?

— Los comunistas, desde luego, no son favorables a la causa monárquica, pero hay también otros partidos que se declaran re-